

que preside á tan noble especie, y de cuya alta dignidad protesto á la faz del mundo no ser mi ánimo degradarla; permita, vuelvo á decir, que para reemplazar la perrita que lloráis y amabais como á vuestros ojos, os nazcan en ellos innumerables perrillas; que cuando vayáis á la iglesia el perrero sea lo primero que os encuentre; que no hagáis jamás sino perreras; que todas vuestras enfermedades se os emperren; que porque tengáis cuanto pertenece á los perros, no os falte ni la rabia; y que por fin, como tan conforme á vuestros genios, paséis el resto de vuestros días en una vida perruna. Esta os deseo.

Aquí dió fin el orador, que no podía negar haber estado su oración de los perros. La gracia con que la dijo le granjeó bastantes aplausos y galitas; pero los inteligentes no cesaban de dirigir sus elogios al autor, que era quien en realidad los merecía, pues el que predica un sermón soplado, no tiene más mérito que el de la trompa cuando suena con el viento que le introduce el músico.

Unos ponderaban el chistoso estilo de la oración; otros la extravagante y graciosa aplicación de los textos; aquéllos la erudición y tropos retóricos que la adornaban; éstos las comparaciones y deseos hacia las señoras de la casa, y todos la moralidad que respiraba una pieza jocosa y por su naturaleza estéril.

Así que paró el fervor de las primeras alabanzas, se

siguió el refresco, como en todo pésame, porque ya se sabe que los duelos con pan son menos. Y si Pamela hubiera sido rica y hubiera dejado su caudal á sus amas, entonces ¿qué tal hubieran sido sus exequias? no habría función, júbilo ni carnaval con que haberlas comparado, porque los duelos con dinero no son duelos, sino gozos, contento y alegría para los herederos.

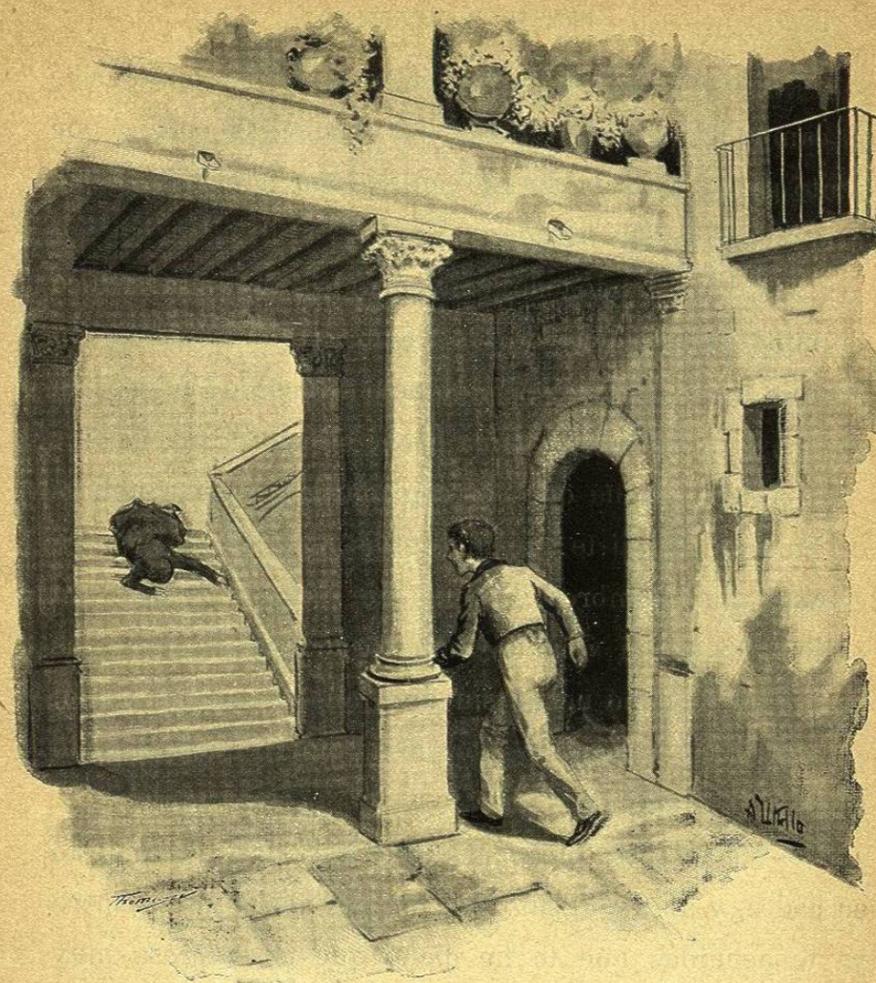
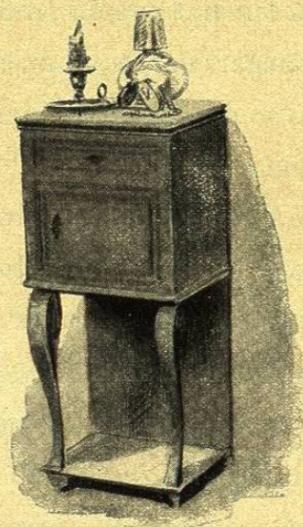
Finalizado el refresco, se siguió el baile, que duró hasta las tres de la mañana, según supimos, porque el coronel se retiró á las diez con su familia.

Nadie pudo negar que tuvo un rato divertido; pero el coronel, que no se descuidaba en instruir á su hija sin aire de lección, decía en el coche:

—¡Vaya, que hemos tenido una noche bien alegre á costa de mi hermana! Ella ha quedado hasta ahora medio bien, porque del todo jamás se queda bien en estas *frascas*. Pero, en fin, la han alabado y ha lucido el tacó y gastado el dinero, á pretexto de la muerte de una perrita. No, no habrá bajado el costo de la fiesta de ciento ó más pesos. Estos desperdicios, hija, se lloran en las casas, y estas risas se convierten en lágrimas de los pobres herederos después de que fallece el principal. Yo no repruebo algunas diversiones lícitas y moderadas, ni menos alabo la miseria ó la mezquindad; pero tampoco aprobaré una decisión general por toda clase de placeres como es la de Eufrosina. Para ella nada hay malo como

sea fiesta, y cuando no las hay, ella las hace con cualquier motivo, como esta noche. ¡Eh! ¡quiera Dios, quiera Dios que nuestra sobrina no apetezca algún día lo que esta noche ha tirado su madre!

Con estas conversaciones llegamos á casa, se dispuso la cena, cenamos, y nos fuimos á recoger hasta otro día.



CAPÍTULO XXVI

En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes, así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil cora-